

# **Viaje de la Madre Gonzaga y otras Hermanas a Chile por la Cordillera de los Andes Diciembre 1884**

Como ya se ha mencionado, la Madre Gonzaga eligió viajar por la cordillera para venirse a Chile. Hasta ahora todas las Hermanas de Alemania habían hecho el viaje en vapor por el Estrecho de Magallanes, a cuya salida habían tenido siempre fuertes temporales. Como le habían recomendado mucho a la Madre este viaje por ser más corto y más barato, quiso convencerse personalmente. La seis Hermanas llegadas de Alemania se sentían con ánimo y se agregaron con alegría. Además, una dama de Mendoza había solicitado la fundación de un hospicio en esta ciudad. Confiando en la ayuda de Dios, emprendió el viaje el 11 de Diciembre. Un vapor las llevó primero a Buenos Aires por el río de la Plata. Allí tomaron otro vapor que las debía conducir a Rosario por el río Paraná. En este trayecto quedó varado el vapor en un banco de arena y sólo después de 11 horas pudo continuar la embarcación. La querida Madre Gonzaga quiso combinar de tal modo el viaje que las Hermanas tuvieran el gozo de celebrar la gran fiesta de Navidad con toda tranquilidad en compañía de nuestras Hermanas de Santiago; más ahora temía que sus cálculos quedaran fallidos por el atraso y así sucedió. Al llegar a Rosario, el tren a Mendoza ya se había ido y tuvieron que esperar tres días para tomar el tren a Mendoza. En Mendoza alojaron en casa de la Señora que deseaba fundar el asilo ya mencionado. Tenía hermosas propiedades que le hacían posible la construcción de un edificio adecuado y el mantenimiento del proyectado hospicio, pero la buena Madre Gonzaga no contaba con el personal necesario, de modo que el asunto quedó postergado. En Mendoza la Madre Gonzaga tuvo el gusto de conocer a un Señor Alemán, hijo del Doctor von der Maessen de Colonia, que deseaba que fundáramos escuelas en Mendoza, ofreciéndose a presentar el proyecto ante el Supremo Gobierno, por la misma razón anteriormente citada, la Madre tuvo que rechazar la petición. El caballero rogó entonces a la Madre que lleváramos a su hija de 12 años a Santiago, para que nuestras Hermanas le proporcionaran una buena educación, a lo que accedió la Madre Gonzaga. Ahora debíamos hacer los preparativos para el viaje a través de los Andes. Pero dejo a la Madre Gonzaga que narre ella misma este interesante viaje:

“La dama de la casa donde alojamos, nos ayudó a hacer las compras para este viaje. Nadie mejor que ella podía saber qué se necesitaba, pues había hecho este viaje ocho veces con su difunto esposo que tenía negocios en Chile. En uno de estos viajes estuvo también en Concepción donde vivió el gran terremoto de 1841 y 20 años más tarde, en el terremoto de Mendoza que dejó la ciudad en ruinas y ocasionó la muerte de miles de personas. A ella la sacaron de los

escombros de su casa donde la sorprendió la catástrofe junto al lecho de su sobrino enfermo. Ella salvó con varias heridas, pero su familia tuvo que lamentar la muerte de treinta miembros. Más, volvamos a nuestro viaje. Tuvimos que comprar unos colchones de paja y una frazada de lana para cada Hermana, además carne, pan, huevos, arroz, papas, café, té, azúcar, una olla, cafetera, fuentes y tazas de aluminio. Tuvimos que llevar también velas y fósforos. Enseguida contratamos los arrieros, (que dirigen la marcha a través de la cordillera), que debían proporcionarnos las mulas y monturas; y estas últimas no bastaban, compramos dos monturas de mujer. El caballero alemán que nos había confiado a su hija, nos convidó a almorzar en su casa de campo. Esta familia nos regaló un jamón y 10 botellas de buen vino para el camino y un panadero nos regaló 50 panes. Teníamos tres arrieros y 15 mulas. La primera jornada de 15 leguas la hicimos, por consejo de varias personas en coche a fin de abreviar algo el camino a caballo. Nuestros arrieros iban adelante con las mulas hasta Villavicencio, mientras nosotras, en dos coches salimos el 20 de Diciembre a las 3 de la madrugada, y sin novedad llegamos a ese punto a los once del día. Los arrieros nos esperaban, pero nos dijeron que no nos apuráramos, pues se había levantado un fuerte viento y caía mucha nieve en la cordillera. Esperamos hasta las tres de la tarde, pero el tiempo no se compuso. Varios viajeros habían llegado entre tanto de la cordillera, entre otros una señora de avanzada edad acompañada de un arriero y un caballero, que ya desde lejos dejaban ver su fatiga y cansancio. También venía de Santiago el Embajador argentino. Después de observar bien a las religiosas que estaban resueltas a seguir el viaje que él acababa de hacer, se acercó a nosotras y preguntó con mucha cortesía y amabilidad si estábamos bien previstas y preparadas para seguir el trayecto. Pero añadió: “Ustedes deben frotarse bien la cara, porque con este viento se les hinchará la nariz y los labios, si no lo hacen se les romperá el cutis enormemente”. Enseguida nos pasó un gran pedazo de mantequilla de cacao, lo que aceptamos muy agradecidas. Al fin llegó nuestro anciano arriero, que nos dijo: “montemos las mulas y andemos una jornada de dos horas, Uds. no están acostumbradas a cabalgar en mula; mañana la cosa ya será mejor. Yo reuní entonces a las Hermanas y les hice esta pequeña exhortación: “estamos ante la parte más difícil del viaje, el tiempo está muy malo y no sabemos montar. No podemos retroceder, adelante, pues, en el nombre de Dios debemos atravesar la montaña en el Santo Tiempo de Navidad. Ofrezcamos al niño Jesús las penalidades del viaje en unión de María y José. Que ninguna se queje y diga no puedo. Si alguna cae de la mula que se levante y monte de nuevo. Nosotras queremos ser misioneras, pues, mostremos primeramente lo que podemos sufrir por nuestro Señor, que en ninguna hora nos olvidemos la recta intención. Queremos viajar con Jesús y José a Belén, así todo irá bien y obtendremos

mucho mérito. A lo que contestaron las Hermanas: “Oh Madre no tenga el menor cuidado. “empezamos montar y a acomodarnos en la montura, lo que demoró algo por la falta de habilidad nuestra en este ejercicio. Adelante iba una mula blanca con una campanilla en el cuello. La montaba un muchacho moreno, hijo del conductor que dirigía el grupo. Él tendría unos doce o catorce años. Le seguían tres mulas con el equipaje y los víveres, además otra mula libre por si sucediese alguna emergencia. Seguía después el segundo conductor, sobrino del anciano, hombre robusto y callado que cuidaba el equipaje. Enseguida iban las 7 hermanas y la pequeña Mercedes, hija del Señor alemán ya mencionado. Al final cerraba la comitiva el anciano arriero, alto y flaco, que tenía la responsabilidad principal, fijándose de continuo dónde faltaba algo. Era un conjunto imponente de quince mulas que obedecían dócilmente el sonido de la campanilla. Cuando la mula madrina se paraba, toda la caravana hacía lo mismo; si empezaba a andar de nuevo, las demás la seguían. Una fuerte tormenta de viento soplabla la cara y traía nubes de arena y polvo. A veces debíamos agarrarnos fuertemente a las monturas y cerrar los ojos para no caer por la fuerza del viento y no dañar la vista con la arena. Hasta las mulas se paraban a veces contrarrestando el ímpetu del viento. Yo me coloqué detrás de todos con el secreto temor de que una u otra Hermana cayera y hubiese una desgracia; más el buen Dios nos ayudó visiblemente; todas permanecieron firmes en sus monturas, y Mercedes acostumbrada a montar, iba cual pajarito por la cordillera. Pobre pequeña, se había despedido de papá y mamá en la mañana, por varios años y viajaba por el mundo con religiosas extranjeras que aún ignoraban el castellano, y ella tampoco hablaba alemán, de modo que yo era la única que podía entenderle. Por eso me quedé a su lado. Con los arrieros tenía que servirles también de intérprete. Después de caminar dos horas, nos detuvimos al lado de una baja colina, donde había un montón de piedras que servían para hacer fuego. El arriero me dio a entender que ahí debíamos pasar la noche. Nos alegramos de poder descansar, porque esta cabalgata y el viento glacial nos tenían rendidas. Mis miembros temblaban tanto, que me aparté algunos minutos de las Hermanas para ocultarles mi agotamiento. Ahora empezaron a hacer fuego, se sacaron los víveres y enseres de cocina y prepararon una sustanciosa sopa. Los hombres con sus manos quemadas por el frío, tomaban la carne y la cortaban en pequeños pedazos echándolos a la olla con agua. Añadieron algunas tazas de arroz, algo de sal, pimienta y manteca. En una hora estuvo listo el almuerzo. Se apartó la olla del fuego y yo repartí la sopa en tres grandes fuentes. Una para los hombres y las otras para el resto de las personas. Los arrieros se retiraron a comer muy contentos detrás de la colina. Nosotras colocamos las fuentes sobre un cajón que servía de mesa y comimos con nuestras cucharas de lata de a cuatro en una fuente. Había algunos cuchillos

para cortar la carne; pero los tenedores como artículos de lujo los habíamos olvidado. Un pedazo de pan constituía el postre, pero el almuerzo cayó muy bien en los estómagos vacíos. Mientras se preparaba la sopa, arreglamos una cama para la pequeña Mercedes y pusimos bien juntos los colchones de paja y en fila. A la cabecera colocamos una montura o una de las maletas, y para cada una, una frazada de lana. Después de haber rezado la oración de la noche, nos pusimos de pie para cantar el Ave Maris Stella y Sumo Dios, tu gran poder. Los arrieros a cierta distancia, escuchaban devotamente con la cabeza descubierta; después se fueron al otro lado de la colina para arreglar sus camas. Nosotras nos acostamos con toda la ropa puesta, zapatos y medias, y nos envolvimos en la frazada bien apretada para que no se nos volara con el viento tan fuerte. Las mulas quedaron libres en las colinas. A la mañana siguiente, 21 de diciembre, amanecimos muy contentas, después de haber dormido magníficamente en nuestros lechos de paja a campo abierto. Nos levantamos a las cuatro para empaquetar las cosas y hacer nuestras oraciones; mientras los hombres preparaban el desayuno y juntaban las mulas para ensillarlas. Después de la oración de la mañana, meditación y rosario, tomamos una taza de café negro con un buen pedazo de pan. Ya queríamos montar cuando se nos acercó el anciano arriero y me dijo con mucha modestia: “Madre, ¿no cantarán Uds. hoy las alabanzas de la Virgen para que nos ayude?”, “Sí, ciertamente, le contesté”, llamé a las Hermanas y cantamos como la noche anterior nuestros himnos. Enseguida prosiguió el viaje, y aunque debíamos sufrir por el polvo que levantaba el viento fuerte, ya caminábamos más seguras. Hasta ahora íbamos entre cerros no muy altos, algunos casi sin vegetación, y otros con espinos. Las altas cordilleras estaban aún delante de nosotras envueltas en nubes oscuras. El viejo arriero mirando a lo lejos dijo: “allá arriba hay mal tiempo y cae nieve, de ahí que haya tanto frío aquí, no debemos apurar la marcha para subir. “a las 9:30 nos detuvimos para confortarnos un poco y ordinariamente entre 9 y 11 de la mañana se hacía un alto para comer algo. Cada cual tomaba un vasito de vino, un pedazo de pan, un huevo duro, o jamón y queso.

Luego continuamos hasta las cinco de la tarde, en que se cocinaba de nuevo y siempre la misma sopa gruesa con carne, arroz y fideos. A veces tomábamos en seguida una taza de café o té. Al segundo día llegamos al paso de Uspallata, donde se entra a las altas montañas. Allí encontramos también una posada y varias casas. Grandes caravanas habían estacionado en el lugar. Las cuales llevaban grupos de cien mulas y grandes manadas de bovinos destinados a Chile. También entramos allí, una familia con sus hijos y sirvientes que venían de Chile. No fue poca nuestra alegría cuando esa noche pudimos extender el colchón de paja en una pieza, aunque no tuviera ventanas ni piso, sino sólo

tierra; al menos estábamos al abrigo del viento feroz, algunas Hermanas perdieron el equilibrio y cayeron al suelo, pero afortunadamente sin daño alguno, y entre las risas, montaban de nuevo en sus mulitas. Mis pobres Hermanas eran verdaderamente ejemplares y a pesar de estar cansadísimas por la noche conservaban siempre el buen ánimo. En la mañana del 22 de diciembre entramos en las montañas. A penas nos habíamos salido de la posada tuvimos que atravesar un ancho río, crecido por el derretimiento de la nieve, el Uspallata, pero, aunque ancho no era profundo. El agua cubría las patas de los animales, nos mojamos algo, pero salimos felizmente del agua. Durante la travesía gritó la pequeña Sor Corona: “me caigo, oh, oh “al mismo tiempo se agarró fuertemente de la mula, pero apenas salió el animal del agua con sus patas delanteras, se volcó la montura y cayó la Hermana al suelo, temblando de miedo. Luego empezaba la subida de la cordillera, pues hasta aquí sólo habíamos pasado por las ramificaciones de ésta. Ahora nos acercábamos a las elevadas cumbres de los Andes e íbamos ya por angostos sombríos y hondos desfiladeros, o por anchos valles siguiendo siempre la orilla de los ríos. A veces teníamos el río a nuestro lado o lo veíamos a mil pies bajo nosotras, sin embargo, el camino no era malo. Si no hubiésemos tenido ese continuo y fuerte viento, nuestro viaje habría sido más rápido y agradable, pero las buenas Hermanas no acobardaron ni olvidaron la buena intención; en las dificultades se animaban mutuamente. Solían decir: “viajamos con María y José, pronto llegaremos a Belén”. Enteramente apoyadas llegamos a las cinco de la tarde al lugar donde se encuentra un colosal peñasco negro en las cercanías corría un arroyo cuyas espumosas aguas se perdían en la profundidad de las quebradas. El tiempo seguía malo y el fuerte viento nos arrojaba a la cara cristales de hielo; la sed nos atormentaba, pero el agua que caía de las montañas era demasiado fría y se helaban las manos al tomarla. Ni fue posible lavar las papas en el arroyo, porque se habrían helado, como nos dijo el conductor, de modo que las echamos a la olla sin lavar. Para la noche, los buenos arrieros quisieron prepararnos una especie de toldos, pero el viento deshacía todo. Después de haber rezado y cantado, nos acostamos a campo raso y pronto nos dormimos. Cuando nos levantamos el 23 de diciembre, varias Hermanas estaban entumidas de frío y el arroyo tenía una gruesa capa de hielo a ambos lados, sin embargo, continuamos el viaje después de haber cumplido con nuestras oraciones y de haber tomado desayuno.

La cordillera se presentaba cada vez más hermosa y majestuosa, era aquello una variedad de formas, como no la había visto nunca en Suiza, ninguna montaña se parecía a otra. Caían desde las alturas hermosas cascadas, junto a gigantescos cactus en las grietas de las peñas. En un recodo del camino, bajando

un buen rato, nos encontramos de improviso ante un peñasco de inmensa altura que parecía una muralla de piedra, de donde caía un chorro de agua espumante, que se partía en dos cayendo a tierra en forma de cinco cascadas.

Ahí nos detuvimos un rato para contemplar las maravillas de la magnificencia de Dios. vimos otras muchas cascadas, pero la más hermosa estaba al lado de Argentina. Esa noche tuvimos la suerte de pernoctar en una casa, a pesar que a través del techo se veía el cielo estrellado, pero gracias a Dios no padecimos tanto frío. El lugar se llama Puente de las Vacas. Dicho puente lo habíamos atravesado antes sobre un río angosto, pero profundo y muy tormentoso. Recién se había puesto otro de cal y ladrillo con un arco muy alto, pero sin terminar. Al fin, con mucho trabajo, lo pasamos felizmente.

**24 de diciembre**, este día víspera de navidad, tendríamos hasta Puente del Inca, un trayecto algo difícil; había senderos escarpados y pendientes muy peligrosas. En las bajadas sucedió dos veces que una de las Hermanas cayó sobre la cabeza de la mula, pues estos animales se paran de repente. Por suerte no hubo ninguna desgracia personal. Yo misma me quedé dos veces sentada en el cuello de la mula y me habría caído si no me hubiese ayudado el arriero a sostenerme y ensillar de nuevo la montura. Pronto llegamos a unos valles rodeados de colinas, cuyas cimas estaban cubiertas de nieve, luego pasamos junto a grandes abismos. En ciertas partes había lugar sólo para un animal. A Dios gracias estos trechos eran cortos y escasos. Hacia la noche llegamos al puente del Inca, junto al cual hay un enorme río. A una hora de distancia de aquí se encuentra una angosta meseta, muy abrigada donde debíamos pernoctar llegamos allá sin novedad. Había una cantidad de flores, mientras en otros parajes se veía amontonada la nieve gruesa en las cavidades de los montes. A nuestro alrededor había una muralla de montañas nevadas que resplandecían maravillosamente a la caída del sol. Encontramos en esta hermosa meseta un lindo abeto que escogimos para árbol de navidad. Todo el cansancio se había olvidado. En las alturas de la cordillera debía levantarse un arbolito de pascua y celebrarse la noche buena. Cortamos nuestras velas de esperma en trocitos que pusimos en el árbol junto con unos limones, flores y pelotas de nieve. Mercedes nuestra pequeña compañera, hizo una corona y en ella pusimos una estampa del Niño Jesús, que colgamos en el centro del árbol de Navidad. Nuestra alegría era grande en medio de este pequeño trabajo. Los arrieros miraban de lejos con mucha curiosidad; ellos eran para nosotras los pastores que pertenecían al pesebre. Las mulas pacían tranquilamente al otro lado del río; no faltaron tampoco los bueyes lo cual nos causó mucho placer. No lejos de ahí había una gran manada, que eran llevados de Argentina a Chile y que

también tenían sus pastores. Arreglamos nuestros lechos y después de haber cenado, como de costumbre planeamos la celebración de la fiesta. Aún no era la hora del nacimiento del Niño Jesús, quisimos esperar hasta la media noche o en la madrugada del día siguiente. Lo primero habría sido muy hermoso, pero yo no tuve corazón para despertar a las Hermanas a media noche, con aquel frío tan intenso de haber pasado un día tan pesado. Se dispuso, pues, que a la madrugada se encenderían las luces del arbolito y celebraríamos entonces la fiesta de la Navidad. Sin embargo, no quisimos renunciar al placer de encender dos velitas y rezar la oración de la noche ante el pesebrito. Cantamos también el Ave Maris Stella y Grosser Got, wir loben Dich, luego después todas dormían en santa paz y ya no se oyó ni la respiración. Yo estaba tendida sobre la payasa y contemplaba el cielo, con la claridad y el brillo de las hermosas estrellas. No había viento, pero no pude dormir. Fue esta una Noche Buena, admirable. El lejano ruido de las cascadas se oía como un trueno lejano e ininterrumpido, por lo demás, nada interrumpía el solemne y santo silencio de este sitio. Por fin un poco antes de las tres apareció el lucero de la mañana, sobre la cumbre de una hermosa montaña, con él nos levantamos también nosotras para nuestra Fiesta.

#### **NAVIDAD 1884**

“Alabado sea Jesucristo, exclamé, levantaos hijas, el Niño Jesús ha nacido. “en un dos por tres estaban todas de pie; no había necesidad de hacerse la toilette, porque nos acostábamos siempre vestidas para protegernos del riguroso frío. Pónganse las frazadas como capa, les dije, para que no se resfríen y traigan las payasas ante el pesebre, arrodíllense en ellas pues el suelo está helado. Así se hizo. Rezamos primeramente la oración de la mañana, mientras se encendían las velitas que iluminaban el rostro del Niño Dios y que arrojaban luz también sobre el grupo de monjitas que temblaban de frío, envueltas en las blancas frazadas con sus velos y chupallas en la cabeza. Se parecían a los pastorcitos de Belén. Empezamos a cantar: “Stille Nacht, noche de paz. En seguida Venid niños todos, etc.; después el jubiloso Heiligste Nacht. Cantamos todos los himnos de Navidad que sabíamos y rezamos devotamente por todos los nuestros que habíamos dejado allá lejos, quienes seguramente no soñaban que hoy se elevaba una oración por ellos desde estas alturas, hacia el cielo. nos unimos en espíritu a todas las santas misas que se celebraban en la cristiandad. Más de una hora rezamos y cantamos. El naciente sol matutino nos dio a entender que era tiempo de arreglarnos para seguir la marcha. Los animales no querían meterse en las helada aguas obra de la nieve derretida; más, los forzaron y pasamos felizmente. Entramos luego en un valle rodeado de varios peñascos negros. El arriero me señaló una nevada montaña cubierta de nieve y me dijo: “por ahí debemos pasar y después bajamos a Chile”. Esa cumbre es el límite

entre Chile y Argentina. “¿Por amor a Dios”, le contesté allá arriba sobre esa nieve debemos pasar? ¿no habrá otra parte o paso menos escabroso?, no, no hay otro fue la respuesta; pero lo peor del caso es que los bueyes nos tomaron la delantera, prosiguió el arriero y debemos esperar hasta que hayan pasado la cumbre. Todavía anduvimos una hora y media, subiendo y bajando cuevas en caminos pedregosos y feos hasta llegar al pie de la cordillera, donde permanecimos dos horas hasta que los bueyes dejaron libre el camino; sin embargo, aún no habían llegado a la cumbre. Entonces dijo el anciano arriero: “debemos retroceder y volver atrás, ya no se puede emprender hoy la subida, pues se debe subir y bajar esta montaña en un solo día; el aire en estas alturas es demasiado delgado y frío, no se puede pasar la noche allí, debemos volver al río, pues aquí en el valle hace demasiado frío por la noche”. Triste noticia para nosotras y además la desagradable noticia de la realidad de que pasaríamos un día y una noche más en las montañas. Cuando llegamos de nuevo al valle de los grandes peñascos, nos acomodamos tras una de estas enormes moles, que era tan grande como una casa de dos pisos y muy inclinada hacia un lado formando así una especie de techo que protegía del sol y del viento. Aquí pasamos el día y la noche siguiente, consolándonos de que Dios nuestro Señor lo habría dispuesto así a fin de que no hiciéramos el trayecto más difícil en el santo día de Navidad. Los hombres se encargaron de hacer el fuego y la sopa. Nuestro pan se puso tan duro con el viento.

A la otra mañana, 26 de diciembre, llegamos a tiempo a la cordillera y emprendimos la subida, de esas abruptas y escarpadas alturas, donde de puro miedo no nos atrevíamos a mirar atrás para ver siquiera el camino recorrido, que iba zigzagueando lentamente, siempre más arriba. Muchas veces las pobres mulas se detuvieron, porque se le iba el aliento. Sólo Dios sabe cuántas jaculatorias subieron al cielo en esa hora de angustia. El sendero era cada vez más difícil e intransitable a causa del derretimiento de las nieves que bajaban en forma de arroyuelos y hacían el camino resbaladizo e inseguro. Habíamos llegado como a media hora de distancia de la cumbre cuando tuvimos que bajar de las mulas por lo peligroso del trecho que aún faltaba hasta allí. Se les quitó el equipaje a los animales y con mucha dificultad y trabajo, los arrieros subieron esa carga pieza por pieza. Nosotras subimos a pie cada una con una gran cebolla en el bolsillo pues en esas alturas nos habían advertido que nos fallaría la respiración y que convenía dar un fuerte mordisco a la cebolla y comer un pedazo para que volviera el aliento, yo fui la primera atacada del mal y ya antes me había salido sangre de la nariz. Seguí el consejo tomando la cebolla, y en efecto, por el fuerte olor me salieron las lágrimas y pude respirar mejor. Sor Dagoberta, la tirolesa acostumbrada a subir montañas, fue la primera en llegar



arriba. Poco a poco llegaron también So Gervasia, Sor Milada y Sor Emnerita. Yo iba atrás jadeante, subiendo penosamente apoyada en Sor Tabita y Sor Corona; a cada cinco pasos, hacíamos una pausa de uno o dos minutos. Por fin estábamos todos en la cumbre, también los arrieros con el equipaje y las bestias. Comimos y descansamos algo. Después nos pusimos de pie en el punto que señala la línea divisoria: a un lado hacia abajo está Chile, al otro lado Argentina. Cantamos Grosser Got, wir loben Dich, y el Ave Maris Stella, pero tan fuerte y alegre como pudimos. Nos parecía que nuestras voces debían resonar en Alemania. Después montamos de nuevo las mulas bajando la cordillera sobre la nieve, piedras y arroyuelos, hasta la noche. Cuando pasamos al lado del volcán Juncal con sus dos mil pies de altura, ya era noche cerrada. Humildemente pasamos al pie de este coloso y nos sentíamos felices y aliviadas de haber dejado ya las alturas de la cordillera. Admiramos en el Juncal la caída de agua que se precipitaba desde una inmensa altura por encima de peñascos en posición vertical. Aquí debíamos atravesar un bullicioso torrente, cuyas aguas hacían tanto ruido que daba miedo. Primeramente, hicieron pasar a las mulas con el equipaje, amarradas con un lazo, las que se resistían entrar en las agitadas y espumosas aguas. Enseguida se colocó un arriero en cada orilla del río. Mientras que el anciano conducía por el agua a cada mula con las Hermanas una por una tomándola de las riendas. Finalmente, después de mucho trabajo, estábamos todos en la orilla opuesta. El viejito nos dijo con orgullo: “qué les parece? ¿No fue una hazaña de mi parte haberlas pasado a todas por este tormentoso río”?

Después de poco llegamos a una posada, y el arriero declaró que al día siguiente habría buen tiempo y buen camino, pero largo, hasta Santo Rosa de los Andes.

Hoy, 27 de Diciembre debemos llegar al término del viaje. Ya a las 5 a.m. estábamos listas y compartimos nuestro último pan con los arrieros. El trayecto fue hermoso, pasamos por un paraíso de flores. Una cantidad de peñas estaban cubiertas de una grande y exuberante vegetación a ambos lados del camino había flores encarnadas, amarillas y azules. A veces se veían grupos de casas, campos y árboles. Las Hermanas estaban encantadas del paisaje y exclamaban una y otra vez: “Oh, qué hermoso, para ver esta hermosura valía la pena hacer todo el camino”. Todo contribuía a alegrarnos: los hermosos rayos del sol, temperatura primaveral, hermosas y fragantes flores etc. Después de andar seis horas hasta las once de la mañana, empezamos a sentir hambre y mucho cansancio. Preguntamos varias veces si nos podíamos bajar de las mulas, y si habíamos pasado ya la mitad del camino correspondiente a este día. Pronto

estaremos en los Loros, la mitad del camino correspondiente a este día, contestó el anciano para consolarnos. Luego bajaremos. Los rayos solares ardían cada vez con más fuerza. Sobre nuestras cabezas y apenas podíamos sostenernos. Con mucha dificultad cabalgando aún dos horas y las fuerzas desfallecieron varias veces. Finalmente, a la una de la tarde desviamos de la carretera y nos dirigimos a una casa que tenía algunos cuartos disponibles: “aquí podemos descansar hasta las tres dijo el anciano- después debemos caminar cinco horas para llegar a los Andes.

Bajamos pues de las mulas, pero con mucha dificultad porque los miembros estaban tiesos de tanto cabalgar. Sor Milada cayó al suelo estremeciéndose en sollozos. La fatiga y el cansancio habían ahuyentado el hambre y nadie quiso comer. Afortunadamente quedaba todavía una botella de vino y cada una recibió un vasito; además una buena mujer nos dio un canasto de peras. Varias hermanas estaban tendidas en el suelo exhaustas en el mismo cuarto donde habíamos llevado primero a Sor Milada. Entre tanto descubrí en las cercanías una hermosa higuera cuyas ramas caían alrededor del suelo. Doblé las ramas para hacerme paso y encontré debajo un espacio amplio bien sombreado con una capacidad como para veinte personas a lo menos. Llamé a las Hermanas que quisieran ver el lugarcito hermoso para descansar. Las pobrecitas estaban tan sumamente cansadas para moverse que sólo tres vinieron a acostarse conmigo bajo la higuera. Apenas estábamos un cuarto de hora allí cuando de repente oí una voz muy fuerte que decía:” Madre Gonzaga, las Hermanas están aquí.”. Qué Hermanas dije yo y levanté un poco la cabeza, a lo que contestaron: “Sor Inocencia y Sor Wilhelma de Santiago. Al momento estuve de pie y entre lágrimas de alegría abracé a mis queridas Hermanas. Pasada la primera emoción les dije: “pero ¿cómo han podido Uds. venir hasta acá? ¿cómo supieron que estábamos aquí. En ese momento vi a dos caballeros que con lágrimas en los ojos contemplaban llenos de compasión a nuestras Hermanas que venían saliendo poco a poco. Sor Inocencia me los presentó, como diputados católicos de Santa Rosa de los Andes, quienes se había ofrecido a acompañarnos para buscarnos. Eran don Enrique de la Cuadra y Don Manuel Infante. Nos saludaron muy cortés y cordialmente invitándonos a tomar asiento en los tres hermosos coches que había traído para nosotras. Ahora no más nos dimos cuenta de lo llenas de polvo que estábamos, quemadas y sucias de arriba abajo. Teníamos la boca y nariz hinchadas y como teñidas de rojo y azul a causa de las fuertes heladas y luego sofocante calor del sol. Gracias a la mantequilla de cacao que nos habían regalado, tuvimos la suerte de que no se nos hicieran grietas o heridas en la piel. En toda la semana no pudimos lavarnos, pues habría sido peor. Rápidamente sacudimos nuestros hábitos y nos retiramos al cuarto

para asearnos un poco. Entregamos el equipo a los arrieros, diciéndoles que siguieran lentamente a los coches con las mulas. Oh que contentas estábamos después de habernos lavado y vestido; ahora nuestros fatigados miembros podían descansar holgadamente en los cómodos carruajes. Mientras corrían los elegantes coches tirados por tres caballos briosos, cada uno, nos contó Sor Inocencia cómo habían llegado allá. No debo olvidar mencionar que en cada coche había un canasto que contenía fruta, pan, mantequilla, jamón y vino que encontraron grata aceptación mientras contábamos nuestras impresiones y peripecias. Sor Inocencia y yo nos sentamos en el primer carruaje. Sor Wilhelma y otras tres en el segundo y en el tercero, tres Hermanas más y la pequeña Mercedes.

Las Hermanas de nuestra casa en Santiago, desde donde se divisa la cordillera, notaron que ésta se había cubierto de nieve hasta abajo, indicio de mal tiempo en estas alturas, por lo cual estaban muy preocupadas por nosotras, puesto que yo les había escrito que para Navidad o tal vez el día anterior estaríamos en Santiago. Como no llegamos, fue Sor Inocencia, donde nuestro buen amigo y bienhechor Don Enrique de la Cuadra que vive en Santiago, pero tiene propiedades en Santa Rosa de los Andes, ciudad que goza de un clima delicioso a unos 8.000 pies de altura. El telegrafió inmediatamente a Mendoza, y recibió la noticia de que habíamos salido en la madrugada del 21 de Diciembre. Luego se despacharon telegramas a las demás estaciones telegráficas, preguntando por nosotras y se contestó que el 22 habíamos atravesado el paso de Uspallata; más noticias no se pudieron obtener, de modo que Sor Inocencia y Sor Wilhelma se resolvieron partir el segundo día de Navidad en tren a Santa Rosa de los Andes. Pero cuando ni el 26 en la noche pudieron saber algo de nosotras se resolvieron a salir a nuestro encuentro en coche, bien temprano y llegar hasta donde les fuera posible, y luego seguir a pie. A las 6 de la mañana de ese día recibió el Señor de la Cuadra un telegrama anunciando que hacía 10 minutos que nosotras habíamos pasado la estación de Juncal. Sabiendo esta noticia, oyeron primero la santa misa, luego desayunaron, mientras se arreglaban los coches y comestibles, Don Manuel Infante también se ofreció para acompañar a las Hermanas. Este mimo Señor había acompañado al Excmo. Señor Nuncio de su Santidad el año ´pasado, cuando partió de Chile hasta el Resguardo, lugar que dista una hora de Los Loros andando en coche. Aquí un amigo suyo tenía una casa de campo donde el Señor Nuncio celebró la última misa en Chile y se despidió de sus amigos. Entonces el camino carretero iba hasta este sitio, actualmente llega hasta Los Loros.

La vista de la buena Sor Inocencia descubrió la tropilla de mulas ensilladas y exclamó: “aquí están, saltó del carruaje y encontró a las Hermanas en el cuarto antes mencionado y luego a las demás debajo de la higuera.

Prosigamos el viaje. Después de haber andado una hora en coche, tuvimos que parar y bajarnos ante una mansión respetable. Se nos había preparado allí un suculento almuerzo. La familia de la casa nos recibió con mucha amabilidad y nos condujo a la capilla donde el Señor Nuncio había celebrado la última misa. Comimos en la misma mesa donde se sentó el Ilustre Prelado en su banquete de despedida. Durante el almuerzo tuvimos que contar los acontecimientos y peripecias del viaje, lo que nos atrajo la admiración y los elogios de esta buena gente y ensalzaban por las nubes lo que ellos llamaban “Heroísmo de las Religiosas”, tanto, que nosotras, pobres monjitas, casi nos admirábamos de nosotras mismas.

Una de las Hermanas más jóvenes dijo después con infantil sencillez: “¿no es verdad que no nos hemos quejado nunca en el camino?”, “todo lo hemos ofrecido al Niño Jesús”. Sonriendo le contesté: “muy bien lo ha hecho Hermana”, y ella continuó: “ya hemos sufrido bastante, no vaya a ser peor en la Misión”, peor no, y donde la necesidad es mayor, allí está más cerca la ayuda de Dios.

Otra vez nos detuvimos en un lugar para revisión del equipaje, una especie de aduana. Hicimos aquí una visita al dueño de la casa y a su esposa, rogándoles que dejaran pasar los equipajes que venían más atrás, a lo que accedieron gustosos y hasta fueron atentos que nos ofrecieron té y vino; pero nosotras, aunque muy agradecidas, no aceptamos. Ahora ya sin interrupción corrían los coches a Santa Rosa de los Andes, que en tren dista tres horas de Santiago. Cuando llegamos a eso de la 7 de la tarde, los coches se detuvieron ante la Iglesia, cuyos tres pórticos estaban abiertos de par en par. El altar resplandecía con el brillo de muchas luces y las campanas se echaron al vuelo. A nuestra entrada se entonó el Te Deum con el órgano. Estábamos de lo más sorprendidas con semejante recibimiento, más en nuestros corazones también se elevaba al cielo el “Te Deum Laudamus”, pues hacía 8 días que no veíamos una Iglesia y sólo de lejos saludábamos al Santísimo Sacramento, cuando en todo el mundo cantaban y tocaban las campanas para la Misa de Navidad. Concluida la ceremonia nos saludó el Señor Cura y nos invitó a alojar en su casa, aceptamos muy agradecidas el bondadoso ofrecimiento. También los dos Señores que nos habían acompañado tomaron parte en la rica cena que había preparado en una gran sala. El Señor de la Cuadra y el Señor Infante, con

lágrimas en los ojos empezaron a contar en qué estado lamentable nos habían encontrado y grande había sido la recíproca alegría cuando se encontraron las Hermanas, que esto no lo olvidaría en toda su vida. Nos rogaron que a la mañana siguiente cantáramos en la Santa misa nuestro Ave Maris Stella y Grosser Got, lo que hicimos con gozo y agradecido corazón.

Los arrieros que llegaron esa noche trayendo el equipaje, se despidieron después de la santa misa, manifestando que, si algunas Hermanas querían emprender el viaje por la cordillera, les mandáramos un telegrama y vendían ellos a buscarlas.

Ya ayer y hoy se nos pidió repetidas veces que fundáramos un Instituto de Educación en Santa Rosa de los Andes. El mismo ruego lo había hecho hacía tres años el Sr. Cura de aquél entonces por encargo del Sr. Obispo, pero lo que contesté hace tres años muy a pesar mío, debí repetirlo ahora: “no tenemos suficientes Hermanas y en todas las ciudades las piden”. “Señor manda operarias a tu viña.

El lunes 29 de diciembre nos despedimos con sentimientos de gratitud. A las 8:15 estábamos instaladas en un vagón del tren que pasaba por los desfiladeros de la cordillera y por la ciudad de San Felipe en dirección a la capital. A medio día llegamos a nuestra casa, el Asilo de la Purísima y fuimos recibidas por las Hermanas con mucha alegría y cordialidad. La Buena Madre Inocencia y demás Hermanas se desvivieron por atendernos y hacernos olvidar las penalidades del viaje. Después de tres días nos encontrábamos totalmente restablecidas. Mercedes halló aquí un grupo de alegres compañeritas. Las Hermanas fueron enviadas a diferentes casas en la semana siguiente.

***Fuentes: Crónicas de la Provincia Chilena***